Zambullida en el alma popular, porque, efectivamente, está lavada y bien zambullida en el pozo del pueblo. Le siguen posteriormente *Batiburrillo navarro,* una segunda parte del *Retablo de curiosidades,* en el que el autor encuentra nuevas fuentes donde beber la historia y el aliento de lo popular. Una ligera transición y aparece *Navarrerías,* un conjunto de estampas en las que la prosa del escritor transcurre seria, mordaz, graciosa, popular, alegre y consciente. Vuelve más tarde Iribarren a su antiguo cauce, pero con una ligera variante. *De Pascuas a Ramos* constituye un volumen dedicado a recorrer con el paso firme y el pulso erudito lo religioso-popular, salpicado de anécdotas y apuntes pintorescos, pletóricos de vivacidad e ingenio. En *Historias y costumbres,* aparecida más tarde, José María Iribarren colecciona un grupo de ensayos cuyo elocuente título genérico queda bien determinado. Le siguen *Burlas y chanzas,* miscelánea festiva y alegre y una obra gigante, original y auténticamente maestra recogida bajo el sugestivo título de *Vocabulario navarro,* en el que acopia las voces, los usos y las palabras netamente populares y castizas de Navarra. Una obra ingente y magnífica que prueba, quizá más que en ninguna otra, el saber, el temple y el don de recopilador de Iribarren. Aparte de otros libros que salen ligeramente del cauce original que comentamos como tema de estas notas, Iribarren acomete como su más reciente obra *El porqué de los dichos,* testimonio del sentido, origen y anecdotario de cuantos dichos y sentencias populares andan por el aire de España. Iribarren los recoge, los estudia, los analiza brillantemente para presentarlos con toda su historia y su procedencia de origen.

A la copiosa y vastísima obra costumbrista de Iribarren podrá achacársele, si acaso, su predilección por los temas navarros, dedicación obsesionada y lógica al fin, que prueba su cuna y su ambiente. Pero lo que no cabe lugar a diatribas ni a polémica alguna es el lugar primerísimo que ocupa en el sólido pedestal de la literatura costumbrista, piedra angular de la sabia filosofía popular, riquísima en matices y en giros de insospechada belleza y humanidad.—José M.ª Sanjuán Urmeneta.

DIBUJOS Y GRABADOS DE ZACHRISSON

La intuición del misterio —que para una obra de arte puede constituir media vida— no es condición para la valoración estética; pero cuando éste aparece, un sentido disperso hasta ese momento se concentra en nosotros para advertirnos del hallazgo. La intuición del

misterio en la misma vida y, por tanto, en la misma obra emprendida, coincide a veces con una sospecha de individualidad callada. Es como un *handicap* de reflexión que arrastra el hombre indivisible por nada y que acaba sellando su mirada y hasta su tacto. Este misterio prevalece en la obra no degradándola, sino aislándola, situándola en un marco silencioso, asequible al catador dotado para apreciar los «vicios raros» de una personalidad.

Al proyectarse este orden inesperado, el espectador no hace sino presentir una diferencia tonal, que le atrae como un espacio abierto jamás pisado por la vulgaridad. Y al adentrarse por el panorama encuentra un artista sencillo, de mirar conforme con la noche, concentrado tímidamente en su nuevo vuelo; un buril y unas tintas apadrinadas de improviso, y una plancha de cobre de tamaño reducido para no medrar muy aprisa, que es lo malo.

En este soleado aislamiento viene a sentirse cobijado este artista panameño, de sensibilidad horizontal. Derivando hacia Méjico, en sus años de porfía, se forja bien y es apreciado. Derivando hacia el Viejo Continente le sobrecoge una experiencia, quiere saber más.

Para un artista no es siempre sencillo saber qué es lo que ya tiene y qué es lo que todavía le falta. Quizá, coincidiendo con algunos, podamos decir que la cultura «pesa» sobre el hombre como una columna de mercurio, equivalente a esa presión que determina nubarrones. La herencia de las generaciones no es sino «un peso más», un arrastre que solicita hacia lo histórico. La vocación es como una vertiente hacia la cual se proyecta el alma para caducar. Por eso, cuando el fenómeno contrario se advierte, o sea cuando surge la vocación a-histórica de una personalidad, se hace distinta la perspectiva. En Zachrisson se aprecia esta divergencia de una manera estable, categórica. Es tanto más apreciable cuanto que en su máxima crudeza tiene un acento social. Este último punto es necesario tratarlo justamente para que todo transcurra lo más cerca posible de lo cierto. Zachrisson no resuelve temas de tipos y clases; lo que hace es plantar su árbol donde sabe que va a dar sombra y fruto. Y de este encuentro entre la planta y la tierra nace el misterio que lleva la obra. No veamos universalizadas las mujeres en su punto de exhibición —una simple cabeza de hembra del artista Zachrisson puede relacionarse con amistadas cercanas, de cuerpo presente, que incluso nos han rozado en un *cocktail,* o bien en la penumbra de ese mismo *cocktail*—; lo están, pero no es eso lo más importante. El dato sirve para declarar lo cerca que la obra de este artista se desenvuelve de la vida.

Esta es la virtud de mérito incalculable y de prometedores etapas que guarda la actividad creadora de Zachrisson. Su técnica es de las

más intensas que hemos podido apreciar. Se presiente que a Zachrisson le atrae detenerse a la intemperie por lo que pueda venir, de regalado. Esta es su experiencia, su verdadera concentración. Lugar para transcurrir en aplausos ya no necesita este buen artista. Su concentración, su «ser el mismo» y el misterio que su obra guarda brotan limpiamente para general aquiescencia.—TOMÁS OGUIZA.